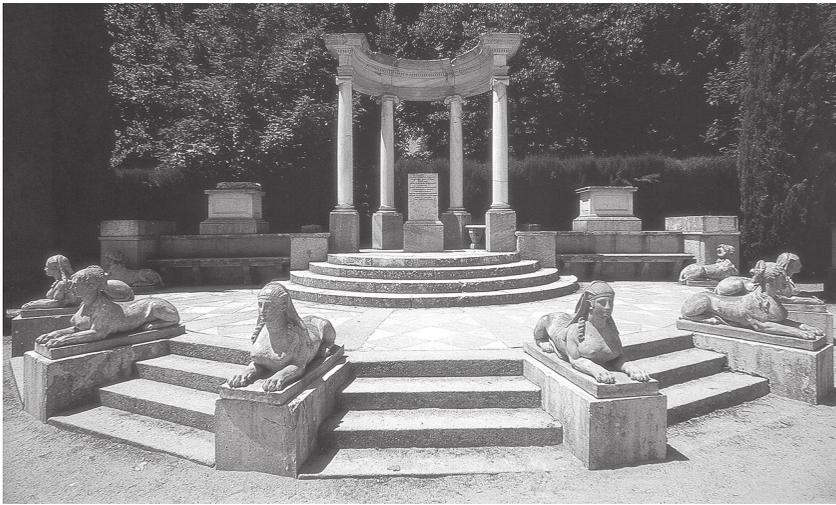


BIBLIOTECA DE ESTUDIOS MADRILEÑOS

XLI

CICLO DE CONFERENCIAS

PARQUES Y JARDINES



*C. AÑÓN FELIÚ – J. L. SANCHO GASPAR – J. MARTÍNEZ PEÑARROYA – M.
LUENGO AÑÓN – L. M. APARISI LAPORTA – A. LUENGO AÑÓN – C. CAYETANO
MARTÍN – J. DEL CORRAL RAYA – F. DIAZ MORENO – M.ª T. FERNÁNDEZ
TALAYA – C. LOPEZOSA APARICIO – R. BASANTE POL – J. MONTERO PADILLA –
E. DE AGUINAGA LÓPEZ – R. SERRANO RUBIO – C. ARIZA MUÑOZ – F. AZORÍN
GARCÍA – A. SÁNCHEZ ÁLVAREZ-INSÚA – A. CARLOS PEÑA – A. MORA
PALAZÓN – P. GONZÁLEZ YANCI – I. BARBEITO CARNEIRO*

INSTITUTO DE ESTUDIOS MADRILEÑOS
C. S. I. C.

INSTITUTO DE ESTUDIOS MADRILEÑOS
Consejo Superior de Investigaciones Científicas
Centro de Ciencias Humanas y Sociales

La responsabilidad del texto y de las ilustraciones insertadas
corresponde al autor de la conferencia.

Imagen de cubierta: *Exedra*, en el Parque del Capricho (Alameda de Osuna),
por Carlos Clifford, año 1856.

© 2011 Instituto de Estudios Madrileños
© 2011 Los autores de las conferencias

ISBN: 978-84-930333-7-8
Depósito Legal: M-18184-2012
Impreso en España

SUMARIO

	<u>Págs.</u>
<i>Presentación</i> , por ALFREDO ALVAR EZQUERRA.....	9
<i>Anotaciones al Ciclo de Conferencias Parques y Jardines Madrileños</i> , por M ^a TERESA FERNÁNDEZ TALAYA.....	11
<i>Los Jardines de El Escorial</i> , por CAMEN AÑÓN FELIÚ.....	15
<i>El patio de los evangelistas del monasterio de El Escorial</i> , por JOSÉ LUIS SANCHO GASPAR.....	35
<i>El Campo del Moro</i> , por JOSÉ MARTÍNEZ PEÑARROYA.....	61
<i>Los jardines del Capricho de la Alameda de Osuna</i> , por MÓNICA LUENGO AÑÓN.....	79
<i>Jardines en el Real Bosque de la Casa de Campo</i> , por LUIS MIGUEL APARISI LAPORTA.....	111
<i>Los Jardines de Aranjuez</i> , por ANA LUENGO AÑÓN.....	137
<i>Paseos, caminos y arbolado: la jardinería en el urbanismo madrileño (siglo XV a XVIII)</i> , por CARMEN CAYETANO MARTÍN.....	151
<i>Jardines particulares en el Madrid del siglo XVIII</i> , por JOSÉ DEL CORRAL RAYA.....	175
<i>Jardines conventuales. Un caso singular: los Recoletos de Huerta a Biblioteca</i> , por FÉLIX DIAZ MORENO.....	187
<i>De los jardines de la Moncloa al parque del Oeste</i> , por MARÍA TERESA FERNÁNDEZ TALAYA.....	201
<i>Espacio y solaz para los madrileños: El Paseo del Prado</i> , por CONCEPCIÓN LOPEZOSA APARICIO.....	215
<i>El Real Jardín Botánico, una institución al servicio de la Corona española</i> , por ROSA BASANTE POL.....	229
<i>Las Vistillas</i> , por JOSÉ MONTERO PADILLA.....	245
<i>Parque de la Fuente del Berro</i> , por ENRIQUE DE AGUINAGA LÓPEZ.....	257
<i>La Quinta de los Molinos</i> , por RAFAEL SERRANO RUBIO.....	273
<i>Los nuevos espacios verdes de la Comunidad de Madrid</i> , por CARMEN ARIZA MUÑOZ.....	291

<i>El parque Arias Navarro, pulmón de Aluche</i> , por FRANCISCO AZORÍN GARCÍA.....	301
<i>Los Jardines de Eva Perón</i> , por ALBERTO SÁNCHEZ ÁLVAREZ INSÚA	317
<i>La plaza de Oriente</i> , por ALFONSO DE CARLOS PEÑA.....	333
<i>Los Jardines del Descubrimiento</i> , por ALFONSO MORA PALAZÓN.....	355
<i>El Pasillo Verde</i> , por PILAR GONZÁLEZ YANCI.....	373
<i>El Jardín de Marcela, la hija del poeta Lope</i> , por ISABEL BARBEITO CARNEIRO	395
<i>Los Jardines de la Fresneda</i> , por CARMEN AÑÓN FELIÚ	421

PARQUE DE LA FUENTE DEL BERRO

Por ENRIQUE DE AGUINAGA LÓPEZ

Instituto de Estudios Madrileños

Conferencia pronunciada el día 23 de
enero de 2007, en el Museo de los
Orígenes (antes Museo de San Isidro)

PRIMERA ESTACIÓN. EN LA QUE DAMOS CON UN PARQUE DE SINGULARIDADES

El parque llamado Quinta de la Fuente del Berro, declarado jardín artístico y considerado parque histórico de Madrid, ha merecido, dentro de su género, singulares calificaciones.

Inaccesible o de difícil acceso. Taponado por las colonias Iturbe y Fuente del Berro. Bloqueado por la circulación rápida de la calle Alcalde Sainz de Baranda y de la circunvalación M-30.

Con dos puertas de emplazamiento semioculto (Enrique d'Almonte y Peñascales), otra descolocada (Alcalde Sainz de Baranda), dos internas (conexión con el Jardín de Sancho Dávila), y otra, puerta de servicio, con salida a la Colonia de la Fuente del Berro; todas ellas, desviadas de un sistema cómodo de comunicación urbana.

Tal aislamiento debió inducir a que, en el año 1949, ya de propiedad municipal, se alentara la idea de dedicar la Quinta, no a parque público, sino a residencia de visitantes ilustres o a pabellón municipal de recepciones que, por supuesto, seguirían teniendo el inconveniente de la accesibilidad¹.

Por eso, también se consideró la apertura de una vía de penetración, como prolongación de O'Donell con el eje de la calle de Condes de Torrealanz. Pero, finalmente, la idea se desechó por la dificultad de atravesar la densa malla de chalés.

«Parque desconocido»². «Joya escondida en el oriente madrileño». «Desconectado de la realidad total de Madrid». En el tiempo de su apertura al público, «delicioso

¹ MINER OTAMENDI, José Manuel, «El parque desconocido de Madrid», en *Madrid* (diario), 7 de abril de 1953. LÓPEZ IZQUIERDO, Rafael, «El nuevo parque de la Fuente del Berroá», en *El Alcázar* (diario), Madrid, 17 de septiembre de 1953.

² AGUINAGA, Ignacio, «Pavos reales al pie de la M-30», en *Los parques de Madrid*, Quindici Ediciones, Madrid, 1991, pág. 159.

jardín en medio del paisaje más feroz de Madrid, en el mundo infrahumano de la cueva y la chabola»³. Todo ello, producto de una huerta creada en las afueras de la ciudad y engullida, después, por el creciente suburbio.

Parque del Este, homologo del Parque del Oeste, aunque en materia de parques hay un manifiesto desequilibrio entre el Este y el Oeste. Grandes parques (Dehesa de la Villa, Ciudad Universitaria, Parque del Oeste, Casa de Campo, Campo del Moro) hacia occidente y apenas un parque de entidad propia, la Quinta, hacia un oriente de zonas verdes de protección de la M-30.

«Oasis y maravilla»⁴. «Jardín de la Muerte»⁵. «Paisaje ensordecido»⁶. «Arboleda desasosegada. Parque inexistente»⁷. «Paraíso verde en decadencia»⁸. «Espalda de la ciudad»⁹. «Ruido continuamente botánico»¹⁰. «Parque de barrio»¹¹. «Maravilloso olvido»¹². «Misterio violado»¹³, «con pantalla acústica»¹⁴, que un día registró ochenta decibelios. «Parque encantado y encantador»¹⁵.

Merece la pena volver a leer los argumentos que determinaron la declaración de *jardín artístico*. Fue en 1946, en plena posguerra, cuando, según los *memoriones*, los madrileños, yo entre ellos, solo nos dedicábamos a fusilar o a ser fusilados. Son estos los argumentos:

El magnífico parque madrileño que se denomina la Quinta del Berro fue plantado en el último tercio del siglo XIX a estilo paisajista, predominante en aquella época.

En una superficie de ocho hectáreas aproximadamente y en terreno accidentado se desarrolla este parque de trazado perfecto, dando lugar a variadas perspectivas y escenas diversas como lagos, rías, belvederes, etc.

La totalidad forma un gran bosque en el que predominan, entre otras especies, los castaños, olmos y cedros; y, aparte del hermoso efecto que ofrece su conjunto, cada árbol y las agrupaciones de estos prestan singular encanto por su armonía y cuidado desarrollo.

Así aparecen las masas arbóreas como enormes ramilletes dispuestos y ordenados por la naturaleza y entre sus variados tonos se combinan las flores del árbol de Judea y los

³ AGUINAGA, Enrique de, «Pintan espadas. Al otro lado», en *Arriba* (diario), Madrid, 18 de septiembre de 1953.

⁴ RUIZ ALBÉNIZ («CHISPERO»), Víctor, «Oasis», en *Informaciones* (diario), Madrid, 19 de septiembre de 1953.

⁵ BARO QUESADA, José, «Jardines de Madrid», en *ABC* (diario), 21 de noviembre de 1954.

⁶ MERINO, Alfredo, «Un jardín paisajista ensordecido por la M-30», en *El Mundo* (diario), Madrid, 3 de junio de 2000.

⁷ AGUINAGA, Ignacio, *op.cit.*, pág. 154.

⁸ *Ibidem*, pág. 155.

⁹ *Ibidem*.

¹⁰ *Ibidem*.

¹¹ *Ibidem*.

¹² *Ibidem*.

¹³ *Ibidem*, pág. 161.

¹⁴ *Ibidem*, pág. 159.

¹⁵ BARO QUESADA, José, *op.cit.*

tamarindos con otra multitud de arbustos constituyendo el parque, tan artístico como bello, una ejemplaridad de su estilo¹⁶.

Para remate, he aquí el juicio de los alumnos de la Escuela de Jardinería y Paisajismo Castillo de Batres¹⁷:

La belleza de la Fuente del Berro estriba en ser un jardín sutilmente nostálgico, de añoranzas, como un adiós reciente de algo que se ha ido, pero que aun está. Es un jardín sublime que refleja un estado del alma que, además de encantar la mirada, habla al corazón¹⁸.

Dan ganas de exclamar: «¡La gallina! O el pavo real».

SEGUNDA ESTACIÓN. EN LA QUE SE HACE HISTORIA

La historia del histórico Parque de la Fuente del Berro comienza en el siglo XVII cuando el duque de Frías, Bernardino Fernández de Velasco y Tobar (1609-1652)¹⁹, octavo condestable de Castilla, adquiere unas propiedades adyacentes al arroyo del Abroñigal, y con ellas forma una finca a la que se llamó Quinta de Miraflores de Frías o Huerta del Condestable, en la que edificó un palacete.

Si ustedes me lo permiten, dos breves observaciones:

Primera. Es curioso que en la vigente edición del *Diccionario de la Real Academia* no figure esta acepción de la palabra «quinta». Hay que recurrir a otros diccionarios para encontrar la definición como «finca de utilidad y recreo en el campo, cuyos colonos pagaban como renta la quinta parte de los frutos» o, simplemente, «finca en el campo con buena casa para los dueños».

Segunda. Enrique II instituyó en 1382 la dignidad de condestable como la más elevada jerarquía militar, que, desde que la ostentó Pedro Fernández de Velasco, quedó vinculada a la familia de los Velasco a título honorífico.

La finca se organizó, según las tendencias de la época, como casa campestre dedicada al recreo y a la agricultura, simultáneamente; es decir, a la huerta y al jardín.

Por escritura de 1 de diciembre de 1630, Bernardino entrega la finca al Rey Felipe IV (1605-1665), que por lo visto no tenía bastante con el Retiro y la Casa de Campo. La compra se pactó en 32.000 ducados, que Bernardino nunca llegó a ver.

¹⁶ Decreto del Ministerio de Educación Nacional, de 4 de enero de 1946 por el que se declara Jardín Artístico al parque madrileño llamado Quinta del Berro, *BOE* del día 17.

¹⁷ Fundada en 1972.

¹⁸ Equipo de alumnos de la escuela de jardinería y paisajismo «Castillo de Batres», «Quinta de la Fuente del Berro», en *Jardines clásicos madrileños*, catálogo de la exposición celebrada en el Museo Municipal de Madrid, 1981.

¹⁹ ÁLVAREZ Y BAENA, José Antonio, *Hijos de Madrid* (1789), Atlas, Madrid, 1973.

En la Guerra del Principado (1640-1652) son expulsados del Monasterio de Montserrat los monjes y ermitaños que no fueran catalanes. Así llegan a Madrid, tras una imagen de la Moreneta, acogidos por el Rey Felipe IV, treinta y tres monjes, seis ermitaños, catorce frailes legos y tres niños escolanos, todo ellos encabezados por el Abad, Juan de Espinosa.

Para la instalación de esta comunidad errante, en 1641, el Rey hizo donación de la Quinta del Condestable, reservándose las aguas necesarias a cuyo fin se construyó un viaje desde el arroyo Abroñigal que se dividió en tres caños.

Dos años permanecieron en la Quinta los monjes que, definitivamente, se instalaron en la calle de San Bernardo, en el nuevo monasterio de Montserrat, obra de Pedro de Rivera, que ahí está.

Desde 1643, no he encontrado constancia de la propiedad de la finca hasta que, en 1703, la adquiere María Teresa Núñez Temiño Vázquez de Coronado Hoces y Vega, Adelantada de Costa Rica.

Se sabe, con documentos, que antes, en 1698, el Maestro de Obras de la Villa y Alarife, Francisco Baras, ordena obras en la Quinta del Berro, que afectan la vivienda del hortelano, a la casa principal, al corral y al estanque. Del mismo año son las primeras mediciones conocidas. De ellas se deduce que en la Quinta hay huerta y tierras sembradas de avena y de centeno²⁰.

Teresa (valga la familiaridad) realiza reformas notables para el aprovechamiento de las aguas, el ornato de la finca y la mejora de la huerta, donde cultivó berza, repollo, lechuga, cardo, perejil y lombarda. Teresa hace de la Quinta su hogar, decora la casa con profusión de pinturas e imágenes religiosas y crea un oratorio²¹.

Su dedicación a la Quinta es tal que, finalmente, hubo de empeñar las joyas para mantener la propiedad. Y, aun así, muere debiendo 4.193 pesos y 3 reales de vellón al carretero; 545 reales de vellón, al capataz de la huerta; 6.145 reales de vellón al fontanero; y 1.711, al apoderado de Comercio de Andalucía.

Teresa muere en la Quinta en el año 1720, a los cuarenta y cinco de edad, y lega la finca a la Obra Pía fundada en el convento de Padres Mercedarios Calzados de Corte, que allí permanecen hasta la desamortización de 1798. En la subasta correspondiente, en 1800, se hace con la propiedad Martín Estenoz, que luego pasa a sus hijos Pedro y Manuel.

Ángela Souto describe minuciosamente el uso y las características agrícolas de la finca a principios del siglo XIX. A ella remito a cuantos tengan mayor curiosidad por la Quinta²².

La finca aparece por vez primera en un plano de Madrid, en el *Plano de Madrid y de sus cercanías*, dibujado y grabado por Ambroise Tardieu, sin año pero fechado

²⁰ RUEDA VICENTE, José Andrés, «Completando la historia de la Quinta del Berro», en *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*, XXXVII, Madrid, 1997, pág. 271.

²¹ *Ibidem*, pág. 280.

²² SOUTO ALCARAZ, Ángela, «Fuente del Berro», en la serie *Parques y Jardines de Madrid*, Fundación Caja Madrid, 2001.

a finales del siglo XVIII. La finca aparece sin nombre, solo con la figura de unos cuarteles de huerta.

El nombre de *Fuente del Berro* aparece en 1808, en el *Plano Topográfico de la Villa de Madrid y sus Alrededores con la posición del Ejército Francés durante el bombardeo, el 3 de diciembre*, plano levantado por el Cuerpo de Ingenieros Geógrafos Militares.

A este respecto, es notable el Plano que el Ayuntamiento ofrece en 1929, en su *Información sobre la Ciudad*. En este plano la Quinta se sigue rotulando como *Campos Eliseos* y aparece con sus curvas de nivel, minuciosamente trazadas, evidencia del carácter escenográfico de este parque de ladera.

De las sucesivas transmisiones de la propiedad, en el siglo XIX, se tiene noticia documentada de las siguientes: a Manuel de Retamar, en 1840; a Manuel Ramírez, en 1847; a Salustiano Quiroga, en 1849; a Eladio Sierra, en 1852; a Casimiro Domínguez Gil en 1857; a Benigno Domínguez Gil en 1869; y a Dionisio Fritsch y Fernando Colons en 1896²³.

Parece que la Quinta, como dice la copla, «de mano en mano va y ninguno se la queda».

Poco antes de que finalice el siglo XIX, la Quinta del Berro se convierte en parque recreativo con el nombre de Nuevos Campos Eliseos, cuyo antecedente es el parque de los Campos Eliseos instalado, en 1864, en lo que hoy es pleno barrio de Salamanca entre las calles de Alcalá, Velázquez, Hermosilla y Castelló²⁴.

Los Nuevos Campos Eliseo tuvieron una efímera existencia, a pesar de la variedad y calidad de las atracciones ofrecidas: velódromo, kermés, juego de *lawntennis*, tiro de pichón, billares, quiosco de música, cascada, tiovivo, montaña rusa, ría y, como extravagancias, comedor rustico sobre un árbol y paseos en avestruz²⁵

Ya en el siglo XX, en 1904, se hace con la propiedad Joaquín Santa Marina, que levanta una tapia de ladrillo, de cuatro metros de altura en todo el perímetro. Esta es la tapia que en parte se derriba como consecuencia del trazado de la gran vía del *Abroñigal*, más tarde Avenida de la Paz y, ahora, M-30.

En este tiempo es cuando, según parece, ordena la Quinta el jardinero Gras, acompañado de Cecilio Rodríguez (1865-1953), que, ya Jardinero Mayor del Ayuntamiento de Madrid (1914), volverá a ocuparse de esta tierra, al pasar a propiedad del Municipio (1948).

En 1919, la propiedad se transmitió a Alberto Mardeu y Breut; después, a Marsden Beenley; y, en 1920, a Patrik Scot, que la vendió al banquero holandés Cornelio Van Eeghen, en 1923.

Para la reforma y cuidado de la Quinta, el banquero Van Eeghen hace venir desde Holanda a once jardineros, que, dirigidos por su esposa, Noonie, crean un

²³ Ibídem, pág. 276.

²⁴ ARIZA, Carmen, «Jardines de recreo», en Madrid: los llamados Campos Eliseos», en *Goya* (revista), Madrid, num. 204, 1988, pág. 350. SOUTO ALCARAZ, Angela, «Parque de la Fuente del Berro», en la serie *Parques y Jardines de Madrid*, Fundación Caja de Madrid, Madrids, 1994, pág. 51.

²⁵ APARISI, Luis Miguel, *Toponimia madrileña*, vol. I, Gerencia Municipal de Urbanismo, Madrid, 2001, pág. 207.

vergel. Allí, como rezaban las invitaciones, se tomaba el te al aroma de las lilas o al aroma de las mimosas, en medio de tal belleza que el Rey, Alfonso XIII, solicitó de la esposa del banquero que se hiciera cargo del embellecimiento del palacio de la *Zarzuela*²⁶.

¿Cuántos madrileños saben que la paradigmática, floristería Bourguignon, de la calle de Almagro, debe su nombre a uno de los jardineros holandeses de la Quinta, que aquí quedó y abrió tal establecimiento²⁷?

Poco antes de acceder a la propiedad de la Quinta, Cornelio se había casado con Nonnie Reineke, viuda de otro holandés y banquero, Fritz Smidt, con el que tuvo una hija llamada Elizabeth (Buenos Aires, 1897). De esta Elizabeth, hija de su mecenas, se enamora el pintor Antonio Ortiz Echagüe que casa con ella en 1919, en Hilversum, de modo que los Smidt, los Eeghen y los Ortiz Echagüe forman un suntuoso entramado familiar con asentamientos en Italia, Holanda, Argentina y España.

El caso es que los Ortiz Echagüe (Antonio, Elizabeth y su hija Carmen) se acomodan, en 1926, en la casa de la suegra, en la Quinta del Berro, donde nace su hijo Federico (1927) y donde el pintor instala su taller que, enseguida, se convierte en sala de exposiciones y lugar de veladas artístico-festivas a las que asisten el Rey, las Infantas y el Dictador Primo de Rivera, tan campechano que, según cuenta Elizabeth, «se sentaba en el suelo y daba palmas entusiasmado por la gracia de las bailaoras»²⁸.

Cinco años permanecen los Ortiz Echagüe en la Quinta, centro de visitas y reuniones. En ellas participan escritores como Juan Ramón Jiménez, Ramón Pérez de Ayala o José Ortega y Gasset; pintores y escultores como Álvarez de Sotomayor, Eduardo Chicharro, Mariano Benlliure, López Mezquita, Rodríguez Acosta, Zuloaga, Victorio Macho o Sebastián Miranda; y arquitectos como Moya o Anasagasti.

En este tiempo, en la onda de la *Ley de Casas Baratas* de 1911, se desarrollan las llamadas colonias de viviendas unifamiliares, inspiradas en el movimiento europeo de ciudad-jardín. Y es el empresario vasco Gregorio Iturbe quien, al frente de la sociedad Propiedad Cooperativa, construye, entre los años 1925 y 1926 la Colonia de la Fuente del Berro y, entre los años 1926 y 1929, la Colonia Iturbe, que cierran la Quinta por el Oeste.

¿Cómo pasa la guerra la Quinta de la Fuente del Berro? Les pido perdón. Me ha faltado tiempo para investigar este punto. De momento, me quedo con la curiosidad. Si alguno de ustedes puede darme cualquier información al respecto, cuente ya con mi gratitud. Mi correo electrónico es fácil: *eaguinaga, arroba, telefonica, punto, net*. Repito: *eaguinaga, arroba, telefonica, punto net*.

Por decreto de 4 de enero de 1946, la Quinta recibe el título de jardín artístico²⁹ y queda bajo la tutela de la Ley de Tesoro Artístico, decisión esta última que se perfecciona

²⁶ RUEDA VICENTE, José Andrés, «Completando la historia de la Quinta del Berro», en *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*, XXXVII, Madrid, 1997, p.279.

²⁷ LÓPEZ IZQUIERDO, Rafael, *op.cit.*

²⁸ FORNELLS, Monserrat, *Antonio Ortiz Echagüe. El hombre y su obra*. Centro Cultural Conde-Duque.

en 1948 cuando el Ayuntamiento, presidido por José Moreno Torres, adquiere la propiedad abonando 6.700.000 pesetas, al holandés Mauritz van Eeghen, heredero de Cornelio.

Propietario ya el Ayuntamiento, el Jardiner Mayor, Cecilio Rodríguez, y su sucesor, Ricardo Ortiz, se encargan de reordenar la jardinería de la Quinta, que, juntamente con el parque de La Bombilla, abre al vecindario el alcalde, Conde de Mayalde, el 1 de octubre 1953, para celebrar el Día del Caudillo.

A la belleza del parque ofrecido al disfrute público, enseguida se unió la estampa de los pavos reales que por aquellos jardines paseaban su fastuoso plumaje como insignia de la Quinta.

El pabellón de los holandeses se aprovechó para instalar el *Instituto* y Museo Arqueológico Municipal, bajo la dirección de Julio Martínez Santa Olalla, y allí estuvo hasta su traslado al Museo de San Isidro, en 1999. Después, se le ha dado su utilidad actual como Centro Cultural del Distrito de Salamanca. Por lo que he podido ver, el Centro tiene buena aceptación, presta servicios estimables y mantiene interesantes programas de actividades.

El 15 de mayo de 1968 se inaugura el parque Sancho Dávila, dentro del excelente plan de parques y jardines de un excelente alcalde, Carlos Arias. El parque Sancho Dávila es en realidad una zona de protección de la M-30 en el tramo comprendido entre la Quinta del Berro y el Puente de Ventas, o más precisamente entre la glorieta de Marques de Zafra y la Plaza de América Española.

El jardín Sancho Dávila, es un jardín lineal, una vía parque, entre la M-30 y la calle de Sancho Dávila, cuyas casas son su fachada oeste. Las cinco hectáreas de este parque lineal se yuxtaponen a la Quinta con la que forman un conjunto forestal, si bien la Quinta mantiene sus límites y su cerramiento, mientras que la superficie añadida está permanentemente abierta como vía pública entre el puente que va a La Elipa y el ya citado Puente de Ventas.

Es notable que desde la llamada memoria histórica no se haya propuesto la sustitución del nombre de la calle y su parque. No me preocupa llamar la atención de los inquisidores del callejero, porque siempre he pensado que el nombre de las calles deviene en puro fonema, que no añade y ni quita fama. Sancho Dávila fue uno de los Jefes Territoriales de la Falange primigenia. José Antonio, en la víspera de su fusilamiento, le dedicó una de sus doce últimas cartas, con el testamento, deslumbrante ejemplo de hombría para la Historia.

En 1984, el Ayuntamiento en convenio con ICONA (Instituto para la Conservación de la Naturaleza) puso en práctica un programa de repoblación de aves en los parques de Madrid., entre los que de modo preferente figuraba la Quinta de la Fuente del

²⁹ Otros jardines declarados artísticos son la Alameda de Osuna (20 de octubre de 1934), el Buen Retiro (28 de febrero de 1935), la Quinta de El Pardo (28 de marzo de 1935) y el Jardín Botánico (14 de octubre de 1942). El Palacio Nacional, con sus jardines Campo del Moro y Casa de Campo, se declaran monumentos histórico-artísticos (3 de junio de 1931).

Berro. La repoblación, amen de pájaros autóctonos, comprendía otras aves ornamentales: pavos reales, faisanes, patos y palomas.

En 1993, el Ayuntamiento señala en la Quinta una Senda Botánica para un recorrido de dos horas de duración, con diecinueve paneles, dedicado cada uno de ellos a la especie vegetal dominante.

La Senda Botánica del Parque de la Fuente del Berro presenta así las diecinueve especies siguientes: pino piñonero, cedro del Líbano, castaño de Indias, boj, avellano, aligustre, laurel, tilo, mahonia, durillo, ciprés, magnolio, cedro del Himalaya, secuoya gigante, tejo, gingo, olmo, haya, y madroño, especie esta protegida en todo el territorio de Madrid por decreto de 1 de marzo de 1983.

El Plan General de Ordenación Urbana de 1997 clasifica a la Quinta del Berro entre los nueve parques históricos protegidos y catalogados, cuya conservación es necesaria por razones de carácter histórico, artístico o ambiental.

Finalmente, en 2003, uno de los últimos actos de su mandato, el Alcalde Álvarez del Manzano, inauguró el Centro Cultural del Distrito de Salamanca, instalado en el palacete de la Quinta, que allí presta sus servicios actualmente y atrae nuevos visitantes al parque.

TERCERA ESTACIÓN. EN LA QUE SE VOCEA EL AGUA DE LA FUENTE DEL BERRO

Ya Felipe II, ante el incremento de población derivado de la instalación de la Corte, se ocupa del abastecimiento de agua a la Villa de Madrid. Pero es Felipe III quien, en expresión del cronista Gil González Dávila, «mandó conducir los copiosos minerales de agua que se hallaron, como el de Amaniel, que, por orden de Su Majestad, se truxo para proveer a Palacio».

En la Sección de Manuscritos de la Biblioteca Nacional consta la siguiente noticia:

A su imitación [a imitación del Rey] el Consejo Real y la Villa buscaron hacia la fuente Castellana y de ella se han entrado las fuentes de Santa Cruz, Relatores, Cebada, San Salvador, Cárcel de Corte, Monasterio de San Felipe, Colegio de la Compañía de Jesús y Conde de Salazar.

Y sigue:

Andándose con este cuidado de buscar aguas, se halló que, de la otra parte del Arroyo de Brañegal había grandes manantiales de muy buena agua, pero pareció imposible traerse a la Corte, por las cuestas altas y bajas que había en el camino. La diligencia vino a facilitar lo que casi parecía imposible y, nivelando las alturas con lo bajo de una y otra parte, se halló que podían venir dichas aguas y así se ordenó que se procurase meter todo aquella agua en el pueblo y así hicieron que se trajese la dicha agua la cual se divide en dos, que llaman la Baja y Alta del Brañegal... La Baja es más copiosa. De su principio salen más de cien reales

de agua, los cuales se recogen en un arca que está cerca del mismo arroyo de Bragueñal y por un desagüadero viene a salir por el camino de Alcalá uno de los más hermosos caños de agua y más de ver que hay en España. Y desde allí hasta el arroyo de los Recoletos Agustinos...vienen por cuatro encañaduras acompañadas de un edificio fuerte y por una mina de nueve pies de alto por la cual un hombre con un hacha puede ir debajo de tierra desde el arroyo de los Recoletos Agustinos hasta el Arroyo Bragueñal. Y hay por el camino ciento treinta pies de hondo, cosa que parece imposible, y que de los romanos acá, no se ha visto obra tan fuerte y tan bien trazada.

Por si alguien lo necesitase, aclaro que el real de agua era la medida de aforo correspondiente al líquido que corre por un caño cuya boca se ajusta al tamaño de un real de plata. En Madrid se consideró equivalente a tres pulgadas cúbicas por segundo o cien cubas al día.

Y continúa el manuscrito con las demás fuentes (San Francisco, Puerta Cerrada, Santa María, Ave María, Santa Isabel, Lavapies, Mesón de Paredes, Matadero, Puerta de Toledo, Niños de la Doctrina, Red de San Luis, Santo Domingo, Puerta del Sol y San Martín), y dice que el gasto de las conducciones del Brañigal asciende a ciento cincuenta mil ducados.

El transcriptor del manuscrito, Herrero García³⁰, llama la atención sobre las treinta y cinco fuentes que figuran con su nombre en el plano de Texeira (1656) y yo me fijo en plano, en las fuentes del Prado, cuyo emplazamiento corresponde a la que, con diseño de fuente pública municipal, se llamó fuente de Correos, de donde los madrileños tomaban el agua gorda de la Fuente del Berro, que yo mismo caté más de una vez.

He dicho que en 1630 el Rey Felipe IV adquiere la Huerta del Condestable como si no tuviera bastante con el Retiro y la Casa de Campo. Ha sido una licencia retórica por la que pido excusas a los felipistas presentes en la sala.

Es evidente que al Rey no le interesaban tanto aquellas tierras como la calidad del agua de las fuentes que allí manaban y particularmente de la Fuente del Berro.

Fuente del Berro. Debo decir que no he dado con la explicación de este nombre. El berro es una planta aguanosa. Y, por eso, allí no faltaría.

El Rey recibe la plena posesión de la finca, incluidos los seis reales de agua que el Consejo, en 1622, había señalado al Condestable cuando este puso de manifiesto el perjuicio que le ocasionaba la falta de agua provocada por el Ayuntamiento, al construir el viaje de aguas a Madrid desde aquella parte del Arroyo Abroñigal.

La calidad de las aguas de la Fuente del Berro determina que cuando Felipe IV trasmite la propiedad de la Quinta, el Rey se reserve la disposición de estas aguas, reserva que, en lo sucesivo, va a mantener la Casa Real. En 1686, la Reina, María Luisa de Orleans, primera esposa de Carlos II, mandó que toda el agua que le sirviesen fuese de la Fuente del Berro y que un aguador y su ayudante la recogieran

³⁰ HERRERO GARCÍA, M., «Las fuentes de Madrid. Reformas de Felipe III», en *Revista de la Biblioteca, Archivo y Museo. Ayuntamiento de Madrid*, num. 28, Madrid, octubre de 1930.

y la trasladasen a Palacio en una mula de silla, servicio que se efectuaba una o dos veces por semana³¹.

Simultáneamente la fuente era de uso público y, por esta razón, aunque considerada como perteneciente a la Quinta, no se encontraba en el interior, sino fuera de las tapias, pero al cuidado la Casa Real, cuyos fontaneros, en 1742, informan sobre sus orígenes, frente a la Venta del Espíritu Santo, origen distinto de la fuente Castellana y de todos los demás viajes de Madrid.

Carlos III mandó proteger con una casilla la fuente que entonces empezó a llamarse Fuente del Rey, cuyas aguas se llevan hasta el palacio del Buen Retiro para el servicio de Su Majestad. Y se llevan, con este mismo destino, a El Pardo, a la Granja, a El Escorial y a Aranjuez.

Manuel Ruiz y Pedro Antonio López obtienen en 1755 la provisión de frascos por cinco años, a razón de ochenta y tres maravedís por frasco con tapadera y cinta, que suben a ciento veintidós en 1760³². De modo semejante Juan Martínez se encarga del transporte del agua a los Sitios Reales, por tres años, a razón de 29 reales de vellón diarios, que un año más tarde eleva a cuarenta y cuatro por la instalación del Rey en el Palacio Nuevo, más distante³³. Y, en fin, en 1787, Su Majestad ordena que solo se empleen frascos de cristal para el agua de su consumo y frascos de vidrio para el consumo de la comitiva que le acompañase a los Reales Sitios³⁴.

Fuera de la casilla y junto a ella quedaban los caños para el servicio público y el abastecimiento de la Quinta. Y cuando Antonio Ponz (1725-1792), autor de *Viaje de España*, pasa por el Abroñigal camino de Vallecas, no repara en las casas de campo ni siquiera en la Quinta. Solo se refiere a la Fuente del Berro, entre las fuentes de las afueras de Madrid.

Ángela Souto, que es la fuente de la Fuente del Berro³⁵, nos da la noticia de que en 1829 el arquitecto mayor del Rey Fernando VII, realiza obras en la Fuente, que, en esa época, por su calidad, es predilecta de los aguadores, servidores a domicilio de las aguas que tomaban de las fuentes públicas, como de los que las ofrecían a los paseantes o concurrentes de los lugares de recreo.

En el reinado de Isabel II se sufragan las obras de la conducción del agua de la Fuente del Berro al Prado así como de instalación de una bomba junto al Arroyo Abroñigal para aumentar el caudal del viaje que la enlazaba con otras fuentes. Y en 1846, al propietario de la finca, que entonces es Manuel Retama, se le deniega la pretensión de mejorar el riego por lo que perjudicaría el uso público y el de la Corte.

³¹ RUEDA VICENTE, José Andrés, «La Venta del Espíritu Santo del siglo XV al XVIII», en *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*, XXXVI, Madrid, 1996, pág. 215.

³² Idem, «Completando la historia de la Quinta del Berro», en *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*, XXXVII, Madrid, 1997, pág. 272.

³³ Idem, «La Venta del Espíritu Santo del siglo XV al XVIII», en *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*, XXXVI, Madrid, 1996, pág. 218.

³⁴ *Ibidem*, pág. 219.

³⁵ SOUTO ALCARAZ, Ángela, «Fuente del Berro», en la serie *Parques y Jardines de Madrid*, Fundación Caja Madrid, Madrid, 1994.

Es notable que Mesonero Romanos y Fernández de los Ríos, en sus excelentes guías, pasen por alto la Quinta de la Fuente del Berro. Solo Pascual Madoz, en su exhaustivo *Diccionario Geográfico-Estadístico-Histórico*, se refiere a esta finca, entonces propiedad del brigadier Ramírez, por la fuente cuyas exquisitas aguas toman las personas reales.

Madoz la incluye en la tabla de fuentes publicas como situada entre los caminos de Alcalá y Vicalvaro, camino este que, desde la carretera de Aragón, era reparado por la Casa Real, para facilitar el tránsito de los carruajes que iban a recogerla, facilitando al mismo tiempo el acceso a la Quinta.

En el minucioso cuadro de Madoz, se clasifican todas las fuentes publicas, con su denominación, situación, caños, dotación, número de aguadores asignado a cada uno y viaje de que se surten, siendo diez los viajes: Bajo de Abroñigal, Alto de Abroñigal, Alcubilla, Castellana, Amaniel o Palacio, Pajaritos, San Dámaso, Caño Gordo, Once Caños y Berro.

En 1854, se propuso por la Inspección de Oficios y Gastos de la Real Casa, el nombramiento de un guarda con residencia fija en la fuente y la obligación de recorrer el viaje de agua y cuidar el edificio. Años más tarde, los reyes dejaron temporalmente de utilizarla, debido a la contaminación producida por las filtraciones de la Venta del Espíritu Santo. Y la sustituyeron por la Fuente del Almendro en la montaña del Príncipe Pío.

De la Fuente del Berro, llevaban todos los días dos cubas de agua a la Reina María Cristina, que la prefería a la de Lozoya³⁶, gusto compartido por la Infanta Isabel, que no prescindía de este suministro en las jornadas de La Granja³⁷.

El crecimiento de la población y su instalación en caseríos fuera de límites del Plan de Ensanche de Castro aumenta el riesgo de contaminación y promueve proyectos y obras para evitarlos. La contaminación producida por las aguas sucias procedentes del asilo de Santa Susana obligó en 1906 a un nuevo cierre temporal de la Fuente y, en ese mismo año, el Alcalde, conde de Peñalver, sancionó a propietarios de la antigua Quinta del Espíritu Santo por no construir su parte de alcantarillado y aumentar los riesgos de contaminación.

En 1932, el Patrimonio de la Republica, que sustituyó al Patrimonio de la Casa Real, consideró que el viaje de aguas de la Fuente del Berro no le resultaba útil y lo cedió al Ayuntamiento, terminando así con el privilegio de la Fuente del Rey, acto representado por el derribo de la caseta que la protegía.

En 1950, siendo alcalde accidental el médico Álvarez Ayucar, el grado de contaminación y la dificultad de depuración determinaron el cierre definitivo de la fuente para el consumo.

Hasta entonces, el agua de la Fuente del Berro, *agua gorda*, a la que se atribuían propiedades curativas, estuvo en la predilección popular. Y muchos madrileños acudían

³⁶ MINER OTAMENDI, José Manuel, *op. cit.*

³⁷ BARBEITO HERRERA, Manuel, «La Quinta del Berro, museo prehistórico municipal», en *Hoja del Lunes*, Madrid, 27 de febrero de 1956.

habitualmente a la llamada fuente de Correos, en la plaza de Cibeles, a beberla directamente del caño o con garrafas para transportarla a sus domicilios.

Proveíanse de ella —dice Mariano García Cortés— los puestos del Prado y Recoletos y la vendían las mujeres en la calle de Alcalá, en la Plaza de Toros, en el Hipódromo y en la generalidad de los lugares de esparcimiento³⁸.

Como el pregón «¡Lilas de la Casa de Campo, lilas!», el voceo de los aguadores «¡Agua de la Fuente el Berro!» se hizo proverbial. Dámaso Alonso (estoy hablando de Dámaso, director de la Real Academia Española, poeta del *Madrid, ciudad de más de un millón de cadáveres*) lo recoge, en 1921, en su poema «Fiesta popular», perteneciente al libro *Poemas puros, poemillas de la ciudad*. En él resuenan, elementos de la fiesta, organillo, aguador y fritanga:

Todas las almas vienen
con la rosa del sol, y con el lirio
de la sombra se vuelven.
—Es inútil que gires, mamotreto,
con tu órgano litúrgico:
no pueden comprenderte.
—Es inútil, muchacho, que enronquezas:
¡De la Fuente del Berro! ¿Quién la quiere?
No pueden comprenderte.
—Es inútil que frías, viejecilla...
No pueden comprenderte
[...]

CUARTA ESTACIÓN. EN LA QUE VUELVO AL PARQUE DE MIS HIJOS

Resumiendo cuatro siglos, cabe decir que el actual parque Quinta de la Fuente del Berro, Jardín Histórico-Artístico, Bien de Interés Cultural, según lo nombra su propietario, el Ayuntamiento de Madrid, comienza siendo una quinta campestre con sus tres elementos característicos: casa, jardín y huerta. Y que sobre este modelo, básicamente agrícola, en el siglo XIX se traza un jardín a la inglesa, siguiendo la tendencia paisajística del periodo isabelino, que es la que llega a nuestros días y, más concretamente, a la familia Aguinaga, como a tantas familias de los barrios colindantes.

³⁸ GARCÍA CORTÉS, Mariano, *Madrid y su fisonomía urbana*, Artes Graficas Municipales, Madrid, 1950, pág. 75.

En las casas construidas por el Ayuntamiento junto a la Plaza de Toros tuve mi hogar durante veinticuatro años, entre 1951 y 1975. Por eso asistí en proximidad a la apertura pública de la *Quinta del Berro* y por eso la Quinta, junto con los solares y barrancos aledaños, fue territorio de las expediciones infantiles y adolescentes de mis hijos.

Andando el tiempo, mi hijo Ignacio, que anduvo por la información municipal y ahora anda por la Radio, escribió un capítulo en el libro *Parques de Madrid*, editado en 1991. Nacho escribió precisamente el capítulo dedicado a la Quinta de la Fuente del Berro, que tituló *Pavos reales* al pie de la M-30.

Es natural que me pueda el amor paterno y que lea con ternura el capítulo de Nacho. A mi me ha enseñado a mi mismo, como Nacho ha enseñado a su hijo Manuel, cuando, con él, ha vuelto al parque de su infancia. Tres generaciones en un parque que aun no ha cumplido los sesenta años de parque municipal.

Escribe Nacho que vuelve al Parque por su parte alta; es decir por la Colonia Iturbe. Y explica:

En mi adolescencia, cuando uno iba a ligar (es un decir) entraba por abajo, por la puerta de la gran explanada, la de las bicicletas, el bullicio y el pipero, por donde entraba casi todo el mundo y por donde penetraba, sobre todo, la muchachada y las familias de la Elipa, caminando sobre un ya aplanado arroyo del Abroñigal, que inaugurara un alcalde del tardo-franquismo como Avenida de la Paz y rimbombante M-30. Y fue la M-30 la que, con lagrimas en los ojos, le dijo al histórico lugar de los pavos reales del atardecer que Madrid no tiene tiempo para el amor y mucho menos para el descanso³⁹.

En la visión de Nacho hay un punto de melancolía, un sabor de pérdida, que se repite en mi reciente visita. El parque es hermoso, uno de los más bellos de Madrid dice Nacho⁴⁰. Los cedros, majestuosos; gigantesca y voluntariosa decoración. Catedrales verdes. La diversidad de planos, subidas, bajadas y rellanos crea una escenografía suntuosa. Pero late un arrinconamiento mate, en medio de un barullo que asoma por los bordes, con toque de barriada.

Ya no hay pavos reales. Quizá sea esta la clave: ya no hay pavos reales. La peste aviar, dicen. No hay patos ni ardillas. Hay como una oxidación del siglo XIX. Se ve gente de paso, que viene de la compra, que va a su casa a comer, que baja de casa a leer el periódico, a vigilar al niño en artilugios de plazoleta, a sacar al perro, a correr gimnásticamente.

De toda la escultura (un Bécquer, de 1974; un Iniesta, de 1980; un Pushkin, de 1981; más dos geometrías abstractas) ha quedado como emblema el gran jarrón ornamental y decimonónico de la entrada, que da paso romántico a dos poetas y a un violinista.

³⁹ AGUINAGA, Ignacio, *op.cit.*, pág. 155.

⁴⁰ *Ibidem*.

Entre Torre España, el Pirulí, que surge por el sur, y la coronación de la Plaza de Toros, que surge por el norte, las traseras de los chales se asoman descaradas y cotillas, en bata domestica, por el oeste. Y el este es el zumbido de la M-30 que rebota en paredes y muros, chillones de pintadas concienzudas, sobre todo, en la salida a la plaza de la América Española, por la punta norte del Jardín de Sancho Dávila, que es una salida desastrosa, una salida inmerecida.

Ángela Souto (otra vez, necesariamente Ángela, que tanto sabe y explica de la Quinta) ha organizado un completo paseo por el parque, dividido en siete zonas. A saber:

1ª zona. Acceso principal. Puerta neomudejar, como la torre con reloj que fue la casa del guarda y hoy es almacén. Palacete arreglado, con todos los resabios y gentilezas de más de un siglo. Y glorietta de recepción con el emblemático jarrón panzudo, que hace de fuente y que tanto adorna.

2ª zona. Jardines del palacete. En la fachada este, parterre que conserva las proporciones del antiguo jardín sevillano. Al norte la escalinata, los jardines del palacete, que no son de acceso público y, en este conjunto, la gruta revestida de cerámica, entre vestigios de andalucismo, añadidos a otros vestigios de jardines señoriales al gusto italiano.

3ª zona. Núcleo. Triunfo de la organización paisajística y la umbría, con caminos verdecidos por el moho. Restos de lo que fue el llamado mirador del globo. Senderos y escaleras rústicas. Todo es curvilíneo o lobulado, suave y cómodo. En un claro, remedo de campamento indio, con su cerca, el equipamiento de juegos infantiles (1994) Y al tresbolillo, los tres monumentos: a Bécquer, muy escénico, de Santiago de Santiago, con una rima en la piedra; a Enrique Iniesta, con su violín, que llevó por el mundo toda la música de España; y a Pushkin, otro poeta, regalo de la ciudad de Moscú.

4ª zona. Jardín de agua. Ante la puerta de Peñascales, fuera de la Quinta, está la Fuente del Berro, seca y abandonada, en su moderna arquitectura de ladrillo. Desde ese punto de partida, con imaginación, se puede hacer el descenso sucesivo de fuente, lago, ría y cascada. Hay un romanticismo fatigado que descubre su artificiosidad enrejada. Un pabellón de buena traza y algún mobiliario oportuno adornan esta zona.

5ª zona. Jardines bajos. Con la proximidad de la M-30, y la pantalla acústica, esta zona conoció tiempos mejores. Aquí estuvo la ría grande, con su isla y su embarcadero, hoy desecada como una invitación al fútbol. En el ángulo sureste el recuerdo de una buena composición de los años 50, con el escudo de Madrid, que hoy ha quedado en una fuente seca y sin estatua, rodeada por un suelo lujosamente alfombrado por las opulentas hojas del acanto, que inevitablemente nos llevan a Rubén Darío y a su *Responso a Verlaine*: «¡Que púberes canéforas te ofrenden el acanto!». Tangente a la zona central, un bello palomar restaurado en 1991.

6ª zona. Taludes a Sainz de Baranda. Zona de protección con traza de jardín defensivo, a la sombra de Torre España.

7ª zona. Jardín alto. Servicios, viveros y depósitos. Plataforma de contemplación, que ha tupido el crecimiento vegetal. Conexión con el jardín romántico y con los jardines de Sancho Dávila.

Desde la piedra del escultor, suena, eco final, la rima de Bécquer:

Hoy como ayer. Mañana como hoy.
Y siempre igual:
Un cielo gris, un horizonte eterno.
Y andar...andar.

Termina el paseo. Una parada, para intentar la invención del silencio.

El parque, gran anfiteatro, esta ahí, con toda su historia, con su almacén de enorme belén. Y de repente, te das cuentas de que estás solo, rodeado de un frente vegetal, plantado como un altar, como un retablo envolvente. Y, entonces, como el astrónomo Flammarion (1842-1925), ves a Dios en la Naturaleza. Y te olvidas de todo lo demás.

A todo esto, no recuerdo, si les he dicho que la Quinta de la Fuente del Berro mide ocho hectáreas. Siete hectáreas y noventa áreas, exactamente⁴¹.

⁴¹ RUEDA VICENTE, José Andrés, «Completando la historia de la Quinta del Berro», en *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*, XXXVII, Madrid, 1997, pág. 276.